

LA CONFORMACIÓN PLENA CON CRISTO: PECULIARIDAD DE LA VIDA RELIGIOSA

Uno de los factores que más inciden en la escasez de vocaciones que padece la Vida Religiosa (VR) en occidente es la crisis de identidad, la falta de una comprensión asimilada y asimilable de su peculiaridad teológica y espiritual. El autor quiere presentar en este artículo una comprensión de la VR que haga justicia a la misma y sea adecuada para la promoción vocacional. Sin pretender abarcar todos los aspectos implicados, sobre todo tratándose de una cuestión que, a lo largo de la historia de la teología, ha recibido distintos enfoques, el autor intenta proporcionar una imagen en la que, por expresar la experiencia que viven, los religiosos se reconozcan, y que les pueda servir para transmitir dicha experiencia a los demás.

La conformación plena con Cristo: peculiaridad de la vida religiosa, Razón y Fe 234 (1996) 315-333.

Existe hoy una situación que ilustraré con dos experiencias: la comunidad cristiana no comprende el ideal de vida cristiana que constituye la Vida Religiosa (VR). Partiendo de esta situación, que trataré de iluminar teóricamente desde la óptica de la preocupación por la promoción vocacional, en la parte central de este estudio intentaré articular una formulación teológica de la VR desde la categoría de la imitación de Cristo, de la conformación con él. Esto nos permitirá precisar la misión específica de la VR, que no consiste en poseer en exclusiva determinadas tareas.

Dos experiencias

Las dos experiencias que paso a relatar son paradigmáticas y nos servirán de punto de partida para nuestra reflexión.

1. En el curso 1988-89 fui invitado a dirigir un catacumenado de adultos sobre los sacramentos en la Misión Católica Española de Frankfurt. En una de las sesiones se planteó una discusión sobre cuál de las dos opciones -matrimonio o celibato- suponía, en principio, una mayor radicalidad de vida cristiana. Entre los participantes cundió rápidamente una opinión unánime: el matrimonio representa una opción más radical que el celibato en sus dos modalidades de sacerdocio y vida consagrada. Me chocó. Pues yo opinaba (¿equivocadamente?) que la VR y el celibato sacerdotal expresaban una radicalidad mayor o, a lo sumo, no menor que la del matrimonio.

2. Un estudio de campo, realizado y publicado en Madrid (1995), entre jóvenes varones de 16 a 25 años pertenecientes a las ONGs o a grupos parroquiales, dio como resultado que para ellos la opción sacerdocio/VR no implica mayor radicalidad que la vida secolar. El compromiso cristiano es el mismo para todos. Lo que importa no es la forma concreta de vida, sino cómo se vive. Cierto que los sacerdotes y religiosos conocen más a fondo la *teoría* de la vida cristiana. Y esto, no porque su experiencia espiritual sea más rica, sino por su mayor dedicación al estudio. Por esto, si uno tiene dudas les puede consultar. Pero esto no significa que sean cristianos más auténticos y radicales. Aunque

el estudio en cuestión se circunscriba a un número reducido de personas, no deja de ser indicio de una situación.

Estos dos ejemplos muestran que el factor decisivo que hoy, en la Iglesia occidental, está en juego no es la posible mediocridad con la que sacerdotes y religiosos encarnamos el ideal de vida cristiana al que hemos sido llamados, sino la falta de comprensión de ese ideal por parte de la comunidad cristiana.

Observaciones teológicas

Estos dos ejemplos nos invitan a reflexionar, sobre todo si nos situamos en la perspectiva de la promoción vocacional.

I. *La revolución del Vaticano II.* Antes del Concilio existía en el pueblo cristiano un consenso sobre la identidad de la VR. Me refiero a lo que un cristiano de a pie entendía y asentía acerca de lo peculiar de la VR. Resultaba claro el esquema del "estado de perfección". Para ser cristiano era necesario y suficiente cumplir los "mandamientos". Si alguien sentía que Dios le pedía más seguía la vía de los "consejos evangélicos": pobreza, castidad y obediencia, o el sacerdocio. En este contexto, la radicalidad de la vida cristiana equivalía a sacerdocio o VR.

A esa comprensión popular del "estado de perfección" la teología del Vaticano II le quitó su base. El orden de los capítulos de la *Lumen Gentium* es ya significativo: el misterio de la Iglesia (cap. 1), el pueblo de Dios (cap. 2), la jerarquía, particularmente el episcopado (cap. 3), los laicos (cap. 4), vocación universal a la santidad en la Iglesia (cap. 5), los religiosos (cap. 6), índole escatológica de la Iglesia (cap. 7), la Virgen María (cap. 8). Para el Concilio, la vocación a la santidad, que se basa en el bautismo, es común, *universal*, para todos los cristianos (LG 39). Aunque reconozca que esta vocación "aparece de manera singular en la práctica de los comúnmente llamados consejos evangélicos" (LG 39), no cabe hablar ya de un "estado de perfección", porque todos los estados cristianos son de perfección.

2. *Situación actual.* De ahí que no exista hoy en el pueblo cristiano una visión clara de la identidad de la VR. Además del cap. 6 de la *Lumen Gentium*, el Concilio dedicó el decreto *Perfectae caritatis* a la VR. Y tras el Concilio no han faltado publicaciones de todo tipo y una reflexión teológica sobre la VR y su peculiaridad. Pero toda esa producción apenas si ha influido en el sentir elemental del pueblo cristiano. De hecho, entre las personas de más edad, muchos siguen con los esquemas anteriores: convento, hábito, estado de perfección, etc. Y entre los jóvenes -los posibles candidatos- no hay una idea clara sobre qué es la VR.

Además, esta situación de indefinición nos afecta también a las religiosas y religiosos. De hecho, cuando se nos plantea el problema, ¿somos capaces de dar una respuesta que surja de nuestras entrañas y sea fácilmente comprensible o nos sorprendemos buscando en el baúl de los recuerdos alguna fórmula hecha?

La VR la experimentan muchas personas como un don y una gracia. No por ello se sienten ni mejores ni peores que los demás. Pero sí que viven esa vocación particular como un *más* en su proceso de seguimiento, aunque les resulte difícil de formularlo

teológicamente. En ambientes próximos a la pastoral juvenil, este "más", o sea la VR, se traduciría en un *seguimiento radical* de Jesucristo.

Con todo, esta formulación teológica tiene sus inconvenientes. Primero: no sirve para suscitar posibles vocaciones. Porque, cuando entre los jóvenes se da el paso firme a una adhesión personal a Jesucristo, la vida cristiana en cuanto tal se entiende ya como seguimiento radical. Segundo: no sirve para distinguir la VR de otros estados o condiciones. Porque hay cristianos, no religiosos, cuyo seguimiento es también radical.

Con categorías de la sociología de la cultura, diríase que ha desaparecido la "convención" socialmente compartida por los cristianos de lo que es la VR y que, en todo caso, la "convención" actual, además de no reflejar bien su identidad, no es atractiva ni socialmente valorada. Recuperar, pues, una "convención" parece conveniente para una vivencia edesial y urgente para la promoción vocacional. Por esto me propongo ahora señalar un camino para recuperar la formulación teológica de la VR, que puede servir al mismo tiempo para espolear un debate sobre la cuestión.

Peculiaridad de la VR

I . *La VR sólo se entiende desde lo común a la vida cristiana.* Mientras, por ej., la estructura jerárquica pertenece esencialmente a la constitución de la Iglesia. Mientras el ministerio ordenado posee una continuidad ininterrumpida, ha habido siglos de cristianismo sin la VR en cuanto tal. En realidad, la VR surgió a impulsos del Espíritu y por esto hay que situarla en el ámbito de lo carismático. De ahí la dificultad en definir su peculiaridad.

El testimonio de Juan Crisóstomo (t407) ayuda a comprender la magnitud de la dificultad. Él, que fue monje durante un tiempo y vivió en la primera época de la VR, afirmaba que no hay diferencia entre el laico y el monje y que los consejos evangélicos son para todos. Hay que esperar a la Edad media para que la diferencia entre distintos estados sea reconocida.

Aun hoy tenemos dificultad en precisar qué es un religioso y qué es un laico en la Iglesia. De hecho, en sus comienzos la VR fue un movimiento laical. Y por esto se impone remontar a los orígenes para redescubrir su peculiaridad. De esos orígenes hay que retener dos elementos: su vinculación con el martirio y su intención de vivir sin más la vida cristiana.

En la antigua Iglesia el martirio era considerado como el culmen de la vida cristiana. Así, al explicar la parábola del sembrador, afirma Cipriano (1258) que los que dan el ciento por uno son los mártires. La razón estriba en que el martirio es una muerte semejante a la de Cristo. Para los cristianos de los tres primeros siglos, el martirio constituye la auténtica imitación de Cristo. Si la clave de la vida de Jesús fue el amor y -según él mismo dijo- "nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos" (Jn 15, 13), no queda duda de que el martirio es lo que más asemeja a Jesús.

Cuando, al cesar la persecución, cesa también la posibilidad del martirio, es cuando entra en acción el monacato y la VR, la cual, sobre todo a partir del siglo V, será lo

máximo a que podrá aspirar un cristiano para imitar a Cristo. Así, pues, en la raíz de la VR está la imitación.

En los siglos II y III la vida cristiana pudo considerarse como una preparación para el martirio, ya que todos los que abrazaban la fe cristiana habían de estar dispuestos a confesar a Cristo arrojándose, si era preciso, la misma muerte. O sea: el martirio, como la imitación de Cristo, era, por definición, común a todo cristiano.

Ahora bien, si la imitación de Cristo es esencial a la vida cristiana y común para todos, lo específico de la VR habrá que buscarlo en ese suelo común. Abonemos, pues, primero en el suelo común de la imitación para intentar luego conceptualizar la peculiaridad teológica de la VR

2. seguimiento e imitación

a) *La imitación: un vocabulario perdido.* El vocabulario de la imitación no goza hoy de buena prensa. Resultaría fácil ridiculizarlo alegando que cómo va a consistir la vida cristiana en calzar sandalias de artesanía o deambular sin domicilio fijo por Palestina. Sin embargo, prescindir de este vocabulario merma posibilidades de comprender algunos aspectos de la vida cristiana. Hoy la vida cristiana se entiende más bien a partir de la categoría del seguimiento. También el seguimiento podría ridiculizarse alegando que no se trata de pisar las mismas huellas ni reconocer los mismos lugares por los que Jesús anduvo. No se trata de un seguimiento material, pues también Pedro seguía materialmente los pasos de Jesús después del prendimiento, pero no "seguía" a Jesús.

La exégesis moderna de los Evangelios ha contribuido al predominio de la categoría "seguimiento" sobre la de "imitación". El vocabulario de "seguimiento" menudea en los Sinópticos y no escasea en Juan. Y es de los Sinópticos de donde se sacan hoy los materiales para forjar las imágenes para la comprensión de la vida cristiana. En cambio, para lo mismo, Pablo echó mano de la categoría de "imitación". Pablo no convivió con Jesús. Y debió resultarle inadecuado imaginarse como un discípulo itinerante que le seguía interiorizando, a través del contacto directo, el sentir profundo del maestro. Pero sí le interesaba que su comportamiento y el de sus comunidades se asemejase al de Cristo.

Seguimiento e imitación no se excluyen. A lo largo de la historia de la espiritualidad, a veces se ha acentuado más un aspecto que otro, pero también hay no pocos que han constatado su interconexión, en línea con la frase de Agustín: "*quid est enim sequi nisi imitari?*" (¿qué es seguir sino imitar?). El propio Bonhoeffer, quien con su obra *Nachfolge* (imitación), publicada en 1937 y traducida al castellano con el título de *El precio de la gracia*, contribuyó al remonte del vocabulario del "seguimiento", afirma en el último párrafo de su libro: "El seguidor de Jesús es el imitador de Dios".

b) *Contenido fundamental de la imitación.* Se entendería mal la imitación si se considerase como una repetición material de los gestos, actos y palabras de Jesús. La imitación cristiana se refiere a la conformación interna según el Espíritu del Señor.

En el Diccionario de la Real Academia *imitar* es: I. Ejecutar una cosa a ejemplo o semejanza de otra. 2. Parecerse, asemejarse una cosa a otra. Así, cuando Jesús nos dice: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros como (*kathós*) yo oshe amado" Un 13,14), está formulando el discipulado desde el vocabulario de la imitación. Y tras el lavatorio de los pies, dice Jesús: "Os he dado ejemplo para que hagáis tal como (*kathós*) yo oshe hecho" Un 13,1 S). Imitar es, pues, asemejarse, seguir un modelo, parecerse. Tocamos el meollo de la vida cristiana. Más aún si consideramos que hemos sido creados a imagen de Dios. Y que esta imagen de Dios es en realidad el mismo Hijo de Dios, el cual, como semilla sembrada por Dios Padre en el fondo de nuestro ser al crearnos amorosamente, ha de brotar y desarrollarse en el transcurso de nuestra vida. El verbo latino *imitar* deriva de la raíz *im*, de la que proceden también *imago* (imagen) y *similis* (semejante). Imitar es reproducir la imagen, hacerse semejante. Por lo tanto, imitar significa reproducir en nuestra carne al Hijo de Dios. Lo cual no puede consistir sino en participar de la sustancia interna que conforma el trascurso íntimo de la vida de Jesús: su misión, o sea, el amor al Padre concretado en la aceptación de la encarnación, del abajamiento hasta la muerte en cruz, como camino que lleva a la glorificación.

Tres textos paulinos expresan esta misma idea con otras palabras. Cada uno destaca un matiz distinto de la imitación. El himno de la carta a los Filipenses se introduce así: "Tened los mismos sentimientos (*toúto froneite*) de Cristo Jesús" (Flp 2,5). La palabra clave es aquí *froneite*. El sustantivo *frónesis*, de la misma raíz, significa tanto pensamiento, como espíritu y sentimientos. Antes de describir la kénosis de Cristo, nos exhorta, pues, Pablo a apropiarnos de su sentir, de su espíritu. Por consiguiente, la imitación significa *identificación* con Cristo. Tanto en el proceso de crecimiento personal como en el caso de las vocaciones, la identificación con un modelo cercano y atractivo es pieza clave.

A los Gálatas les dice Pablo: "Hijitos míos, a los que doy a luz de nuevo, hasta que se forme (*morfothé*) en vosotros Cristo" (4,19). El proceso de la vida cristiana es presentado ahora como un progresivo conformarse con Cristo, como un adquirir la *forma Christi* como la propia forma consustancial. La imitación consiste, pues, en la *conformación con Cristo*.

Y finalmente a los Romanos les dice Pablo: "A los que escogió de antemano los destinó a reproducir la imagen de su Hijo, de modo que fuera él el primogénito de muchos hermanos" (8,29). El objetivo de la vida cristiana consiste, pues, en reproducir la imagen del Hijo. Por consiguiente, la imitación implica la *reproducción de Cristo* en nosotros.

Identificación con Cristo, conformación con Cristo, reproducción de Cristo: a esto apunta la imitación. Y como síntesis de todo esto exclama Pablo: "¡Vivo, ya no yo, sino que es Cristo el que vive en mí" (Ga 2,20). Todo el conjunto de la vida cristiana es una imitación progresiva de Cristo, que comienza con el bautismo, muriendo y resucitando con él. La enorme cantidad de términos paulinos con el prefijo *syn* (con) apuntan en esta misma dirección. Todo cristiano, independientemente de su estado o condición, está llamado a la imitación: a la identificación, a la conformación, a la reproducción de Cristo. Cada uno lo deberá realizar de una forma distinta, según su propia vocación. Tomando prestado el lenguaje de los fans de la música moderna, podríamos decir que la imitación consiste en entrar en resonancia con las "vibraciones" de Jesús, internalizándolas y reproduciéndolas en la propia esfera de vida.

La llamada a la santidad es, pues, común a todos, y cada uno la puede realizar perfectamente en su propia vocación. Ahora sí estamos en disposición de expresar teológicamente la peculiaridad de la VR: la *forma Christi* con rasgos distintos de la propia de los laicos y de la propia de los ministros ordenados.

3. *La conformación plena como peculiaridad de la VR.* Mi tesis es la siguiente: la *forma Christi de la VR* es la conformación plena con Cristo, es decir: total y exclusiva. En sus *Ejercicios Espirituales* distingue Ignacio entre la imitación espiritual y la actual. Algunos se sentirían llamados a la imitación actual por asemejarse más a Cristo. dado que la terminología espiritual-actual resulta hoy menos comprensible, interpreto la imitación actual como la que, de suyo, quiere expresar una conformación plena, total y exclusiva.

La conformación plena es una forma de imitación de Cristo que busca asemejarse, en todo lo posible, a su forma, a su pertenencia plena total y exclusiva al Padre, que le conduce a volcarse absolutamente en la misión del anuncio del Reino (Mc I , 15) y su presencia en medio de nosotros (Lc 11,20; 17,2 ;). Su móvil es el amor, del que Carlos Foucauld decía que su primer efecto es la imitación. El que haya quien se sienta agraciado con la vocación a la imitación "actual" no prejuzga que no se pueda dar una imitación, auténtica e impresionante para la Iglesia y su misión, distinta de la conformación plena. Resulta incuestionable que los ministros ordenados han de ser configurados con Cristo para actuar en servicio de la comunidad y que la inhabitación del Espíritu Santo obra en todo cristiano la transformación en *alter Christus*. Pero quien opta por la imitación "actual" obedece a un impulso irresistible que le pide, por amor a Jesucristo, reproducir aspectos concretos y centrales de su forma de vida: la pobreza libremente elegida (2 Co 8,9), el celibato por el Reino de Dios (Mt 19,12) y la obediencia para cumplir la voluntad del padre Un 4,34).

El carácter pleno, total y exclusivo de esta forma de imitación puede explicar el "más" que experimentan muchas personas consagradas. Lo cual no significa que todos los aspectos de la teología del "estado de perfección" hayan sido una aberración y que la Iglesia se haya equivocado durante siglos en un punto tan importante como las formas de santidad. Pero sí que, para muchas personas consagradas, su vocación a la VR representa un "más", que es una gracia, no un salvoconducto de soberbia intraeclesial. Este "más", entrega absoluta y totalizante, signo escatológico y profético del Reino, consiste en reproducir formas concretas de vida elegidas por Jesús. Al optar por ellas, se reproduce una experiencia espiritual semejante a la suya. Pues fue movido por su oración y su experiencia espiritual como Jesús vivió pobre, célibe y en obediencia. Esa es la experiencia que trata de reproducir la VR.

Así, las religiosas y religiosos actualizan y hacen presente en la comunidad cristiana tres rasgos concretos, existenciales y totalizantes, de la vida de Jesús. Se hacen célibes por el Reino igual que lo fue Jesús. Pues, como él, sienten que la relación con Dios y la entrega al servicio del Reino les llena de tal forma que todo lo demás queda en un segundo plano. Se hacen pobres como se hizo Jesús. Porque han sentido que la única riqueza por la que vale la pena venderlo todo es Dios y su Reino (Mt 13,44-46). Y, como Jesús se hizo obediente al Padre hasta la muerte en cruz (Flp 2,8), también ellos hacen el voto de obediencia, en el que, en consonancia con la estructura encarnatoria y sacramental de la gracia, obedeciendo al superior religioso se obedece a Dios.

Estas tres actitudes espirituales -la castidad, el desapego de las riquezas y la abnegación de sí para cumplir la voluntad de Dios- son propias de toda vida cristiana. Pero en la VR toman una consistencia "actual" respecto a otras posibles encarnaciones "espirituales". Los votos religiosos no acaecen por propia iniciativa, sino que son una suerte que cae en gracia a los que Dios libremente llama. De ahí la enorme importancia de la oración en la vocación. Esta suerte sólo se comprende desde la locura del amor que estaba presente en el ideal del martirio: no hay mayor suerte que compartir la suerte del amado.

La misión de la VR

Hay otro aspecto de la cuestión que se ilumina con esa especificidad de la VR. Antes del Concilio había una serie de tareas que sacerdotes y personas consagradas parecían poseer en exclusiva. La mayoría de edad de los seglares, sancionada por el Concilio, ha dado un vuelco a la situación. Ahora muchos seglares participan en tareas antes reservadas a sacerdotes y personas consagradas. Ejemplo clásico: las misioneras y misioneros seglares. Así, la tarea educativa, asistencial, pastoral, ha dejado de ser algo específico de la VR. Actualmente en los colegios llevados por las religiosas y religiosos más innovadores, por necesidad, por convicción o por ambas a la vez, se insiste en que profesores seglares se-incorporen a tareas pastorales directas.

Por esto resulta útil y clarificador distinguir entre tarea y misión. Entiendo por *misión* el envío radical por parte de Dios, la llamada a servirle en la entrega indisoluble a Dios y al prójimo. Aceptar la misión supone la entrega radical a Dios, dejar que Dios se posea de toda la vida y la configure toda a su antojo. En definitiva: seguir el ejemplo de Jesús, el radicalmente enviado por el Padre.

La *tarea* no es la misión. Para no ser mera ensoñación, la misión ha de articularse en tareas, en actividades e iniciativas concretas. Prácticamente, la tarea vendría a coincidir con lo que realizamos con las manos: pasar las cuentas de un rosario, teclear en un ordenador, dibujar esquemas de catequesis, limpiar a un enfermo, etc. La tarea puede ser la concreción necesaria de la misión. Para ello ha de haber una conexión auténtica entre la tarea y la misión.

Lo que define la diversidad eclesial de los estados no son las tareas, sino la misión. Desde distintas misiones se puede coincidir en muchas tareas. La misión y la especificidad del ministerio ordenado estriba en la responsabilidad pastoral de la comunidad. La misión del laico, según el Concilio, radica en la índole secular de su apostolado y su especificidad sería el trabajo "ad extra" por el Reino de Dios. La misión de las religiosas y religiosos y su especificidad sería la conformación plena, total y exclusiva con Cristo como ejercicio de una *memoria Jesu*, de una identificación con Jesús.

Condensó: MÀRIUS SALA